

nada; cuyo milagro se halla aprobado por la Iglesia, como consta del oficio que rezamos los Eclesiásticos el día de la aparición del Santo Apostol. Si entonces fué lícito que los Sacerdotes salieran á campaña para librar á aquellas infelices doncellas de una suerte tan infeliz; no sé porque se habia de extrañar en la guerra de que hablamos, quando en ella se trataba de salvar á once millones de almas de la cruel opresion de los enemigos de Jesucristo.

*Labr.* Ya, pero en esta guerra no fué menester que fueramos toos á pelear.

*Ecles.* No estaba ya la cosa muy buena; porque yo ví sacar para ella á todos los mozos útiles, á todos los Eclesiásticos Seculares y Regulares que no habian recibido orden sacro, y tambien á algunos casados con hijos; mas aunque concedamos que no hubiese aquella necesidad extrema que V. quiere suponer para que los Sacerdotes pudiesen lícitamente salir á la guerra; no me atreveré yo á llamar culpable su salida, considerando los efectos extraordinarios de un corazon cristiano abrazado en zelo por la honra de su Dios, como yo supongo á aquellos Religiosos.

*Labr.* Verdá es que quien llegue á abrasarse de ese zelo santo, saldrá de sus casillas sin poder remediallo.

*Ecles.* Eso es un asombro. Quando los discípulos de Jesucristo vieron á su Maestro, que es el Sumo Sacerdote de la ley de gracia, con un duro azote en la mano, (*Joan. c. 2. v. 15.*) arrojando del Templo con aspereza y terrible indignacion á los que en él trataban negocios de comercio é intereses; llenos de admiracion se preguntaban entre la confusion y el espanto: ¿No es este aquel dulce y suavísimo Maestro, de quien se ha escrito; no clamará, (*Isai. c. 42. v. 2.*) no dará voces, no quebrantará una pluma, no apagará una débil candelilla? ¿No es este aquel mansísimo Cordero, de quien se dixo, que aun quitándole su lana, (*Ibi c. 53. v. 7.*) no se quejaria? ¿No es este el Dios de la paz y de la blandura, simbolizado en un vientecillo fresco, sua-

